

ALABAR, BENDECIR Y PREDICAR

LA MISIÓN DE LA FAMILIA DOMINICANA

MANILA 2000

FR. TIMOTHY RADCLIFFE, O.P.

Me entusiasmó extremadamente que se me pidiera dirigirme a esta asamblea de la familia dominicana. Estoy convencido de que, si conseguimos participar en una común predicación del Evangelio, renovaremos toda la Orden. Pero a la vez no me vi como la persona adecuada. ¿Quién soy yo para articular una visión de esta misión común? ¿Cómo puede un fraile o un hermano o hermana hacer esto individualmente? Ha de ser juntos, escuchándonos mutuamente, como hemos de descubrir esta nueva visión. Y para eso estamos aquí en Manila. Pienso, por tanto, que lo que debo hacer es escuchar con vosotros la Palabra de Dios. Toda predicación comienza con la escucha del evangelio. Llegaremos a ser predicadores en común cuando en común sepamos escuchar.

Cuando escuchemos el evangelio podremos llevarlo a nuestra experiencia. Es la luz del evangelio la que da sentido a nuestra experiencia. Nos permite ver de nuevo, con nuevos ojos, lo que hemos vivido. Pero, a la vez, la experiencia nos ayuda a entender mejor el evangelio. Lo leemos a la luz de lo que vivimos. Es como un coloquio entre la Palabra de Dios y la experiencia humana. El fruto de este coloquio es nuestra predicación. Nunca sabemos adónde nos va a llevar un buen coloquio, y sobre todo cuando es un coloquio con Dios.

Lo que hoy deseo, pues, es escuchar con vosotros el texto del evangelio. Confío en que pueda iluminar lo que ahora estamos viviendo: la familia dominicana tratando de aprender a predicar en común. Espero que a la vez nuestra experiencia nos ayudará a comprender mejor el evangelio. Somos predicadores de la resurrección, de ahí que el texto que he escogido sea el de san Juan que relata la aparición de Cristo resucitado a los apóstoles.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio de ellos y les dijo: “Paz a vosotros”. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se

llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Juan 20, 19-23).

La escena de los discípulos parece estar muy lejos de este encuentro de la Familia dominicana. Allí eran unos pocos discípulos, reclusos en una habitación a causa del miedo que les daba salir al exterior. Aquí estamos a nueve mil kilómetros de distancia y dos mil años más tarde en un gran recinto de reuniones. Era un pequeño grupo de judíos y nosotros somos ciento sesenta de cincuenta y ocho nacionalidades, además de nuestros hermanos y hermanas de la familia dominicana de Filipinas. Ellos no se atrevían a abandonar la habitación y nosotros hemos venido de todos los rincones del planeta.

Pero de algún modo somos como ellos. Su historia es nuestra historia. Nosotros estamos también reclusos en nuestros pequeños recintos. Somos también prisioneros de nuestros miedos. Cristo resucitado viene también a nosotros a abrirnos las puertas y enviarnos por los caminos del mundo. Descubriremos también nuestra condición de familia dominicana y realizaremos nuestra misión, no mirándonos a nosotros mismos, sino encontrándonos con Cristo resucitado. Él nos dice "la paz con vosotros" y nos envía a predicar perdón y reconciliación. Por eso quiero reflexionar sobre este texto y descubrir qué nos dice. Podría parecer absurdo comparar la renovación de la familia dominicana con la resurrección de la muerte. Pero para los cristianos toda vida nueva siempre es participar de esta victoria. Pablo nos habla de una diaria muerte y resurrección de Cristo. Las más pequeñas derrotas y victorias están conformadas por estos tres días que van del viernes santo al domingo de la Resurrección.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por medio a los judíos...

Los discípulos están encerrados en la estancia superior del edificio. Es tiempo de esperar, entre dos vidas. Las mujeres dicen que han encontrado al Señor resucitado, pero los hombres no lo han visto. Como de costumbre, ¡los hombres son más lentos! Sólo han visto una tumba vacía, pero ¿eso qué significa? Su vida anterior con Jesús, cuando andaban con él hacia Jerusalén, escuchaban las parábolas y participaban de su vida, ha terminado. Y no ha comenzado aún la nueva vida de la resurrección. Han oído que Jesús ha resucitado, pero no le han visto cara a cara. Así que

esperan o vuelven a lo que antes hacían, "pescar peces". Es un momento de transición.

En menor escala la familia dominicana está viviendo un momento semejante. Desde el primer momento Domingo se rodeó de una familia de predicadores, hombres y mujeres, religiosos y laicos, contemplativos y predicadores, que con gusto se lanzó a los caminos. Podemos ver inscripciones en Santa Sabina que se remontan a los orígenes de la Orden que hablan de la familia dominicana. Ella ha sido siempre parte de lo que somos. Pero ahora proclamamos que algo nuevo está sucediendo. En todo el mundo hermanas y laicos están clamando por su identidad de predicadores. Al leer las actas de los capítulos generales de los frailes vemos que este es un momento nuevo en la historia. Proclamamos que todos los miembros de la Familia dominicana somos iguales y participamos de una misión común. Son muchas y bellas las palabras y los documentos que lo dicen. Pero algunos de nosotros somos como los discípulos. No tenemos aún clara evidencia del cambio. La mayoría de las cosas parece seguir en gran parte como antes. Oímos hablar de nuevas magníficas colaboraciones. ¡Pero parece que eso sucede en algún lugar, distinto de donde nosotros estamos! Así que, como los discípulos, nos encerramos en la estancia superior, esperanzados, pero con incertidumbre.

Es parte de la experiencia que se vive en la Iglesia en todo el mundo. Tenemos magníficos documentos del Vaticano II que proclaman la dignidad de la vocación laical. Tenemos declaraciones de Roma sobre el lugar de la mujer en la vida y misión de la Iglesia. Tenemos una nueva visión de la Iglesia como Pueblo peregrino de Dios. Pero a veces tenemos el sentimiento de que no es mucho lo que realmente ha cambiado. De hecho algunas veces la Iglesia aparece ahora más clerical que antes. Este tiempo es, así, para muchos católicos tiempo de sentimientos encontrados: de esperanza y desánimo, de renovación y frustración, de alegría y enfado.

Y además está el miedo. Por miedo están los discípulos encerrados en la habitación de arriba. ¿A qué tenemos miedo? ¿Qué miedos nos tienen recluidos en ese pequeño espacio, renuentes a enfrentarnos con algo nuevo? Hemos de atrevernos a descubrir los miedos que nos atenazan y nos impiden lanzarnos sin reservas a llevar a cabo nuestra misión de familia dominicana. Puede que el miedo sea perder los distintivos propios de cada congregación, heredados de su fundador, su historia y sus pequeñas historias. ¿Perderemos algo especial nuestro, nuestra identidad? Puede que tengamos miedo a fracasar si intentamos algo nuevo. ¿Vamos a abandonar un buen ministerio por un proyecto que podría no funcionar? Puede que tengamos miedo a pedir a nuestros hermanos y hermanas la colaboración en un nuevo proyecto, porque podríamos ser humillados y no tomados en

serio. Puede que tengamos miedo a no estar a la altura para ello, porque estimamos que nos falta preparación teológica o habilidad organizativa. Es más seguro continuar haciendo lo que siempre hemos hecho. Ir a "pescar peces".

Entró Jesús, se puso en medio de ellos y les dijo: "Paz a vosotros". Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor"

Ver a Cristo llagado libró a los discípulos del miedo y les llenó de alegría. Es el Cristo herido el que los transforma en predicadores.

No se puede ser predicador sin sentirse herido. La Palabra se hizo carne y fue herida y asesinada. Estaba sin poder frente a los poderes de este mundo. Se atrevió a ser vulnerable a todo lo que con ella podían hacer. Si somos predicadores de esa Palabra, también seremos heridos. En el corazón de la predicación de santa Catalina de Siena estaba su visión de Cristo llagado y le fue concedido participar de sus llagas. Podemos participar de pequeñas llagas, siendo objeto de burlas, no siendo tomados en serio, o considerados locos. Podemos ser torturados como nuestro hermano Tito de Alencar en Brasil y asesinados como Pierre Claverie en Argelia o Joaquín Bernardo en Albania o como lo fueron en los setenta nuestras hermanas en Zimbawe. Es la visión de Cristo llagado, pero vivo, lo que puede librarnos del miedo a ser nosotros también heridos. Podemos correr el riesgo de ser heridos o algo peor porque la victoria no es ni de las heridas ni de la muerte.

Cuando estamos ante Cristo llagado podemos afrontar el hecho de estar ya heridos nosotros. Heridos quizás ya en nuestra niñez, al crecer en familia desestructurada o por nuestra experiencia de la vida religiosa o por intentos de amor echados a perder o por conflictos ideológicos en la Iglesia, por el pecado. Todos somos predicadores heridos. La buena noticia es que somos predicadores porque hemos sido heridos. Gerald Vann, dominico inglés, es uno de los más famosos escritores de habla inglesa sobre la espiritualidad desde de la segunda guerra mundial. Toda su vida luchó contra el alcoholismo y la depresión. Por eso ha tenido algo que decir. Tenemos palabras de esperanza y misericordia porque nosotros mismos las hemos necesitado. En mis estanterías tengo un libro escrito por un viejo dominico francés que se titula "Les cicatrices", "Las cicatrices". Cuenta que llegó a Cristo a través de las heridas recibidas en su vida. Cuando me lo regaló escribió esta dedicatoria: "A Timothy, que sabe que las cicatrices pueden llegar a ser la puerta del sol". Cada una de nuestras heridas pueden convertirse en puertas del levantarse del sol. Me sugería un hermano que os mostrase mis heridas. ¡Me temo que habrá que esperar a mis memorias!

Lo más doloroso para los discípulos es ver a un Jesús a quien ellos han herido. Le han negado, han desertado de él, han huido. Ellos le han herido. Jesús no les acusa, les muestra sus llagas. Hemos de afrontar el hecho de que nos herimos unos a otros. He visto cómo hermanos han herido sin quererlo a otros miembros de la familia dominicana, con palabras paternalistas, por no tratar como iguales a las mujeres o a los laicos. Pero esto no sólo lo hacen los frailes. ¡Es algo de todos! Jesús fue herido por los poderes de este mundo, y todos tenemos el poder de herir: el poder de pronunciar palabras que hieren, el poder de los sacerdotes sobre los laicos, de hombres sobre las mujeres y de las mujeres sobre los hombres, de religiosos sobre los laicos, de los superiores sobre los miembros de su comunidad, del rico sobre el pobre, del seguro de sí mismo sobre el medroso.

Podemos arriesgarnos a ver las heridas que hemos recibido e infligido y aun así estar alegres, porque Jesús ha resucitado de la muerte. Podemos cojear al andar, pero el Señor nos ha hecho felices. Esta era la alegría de Domingo. No hay predicación de la buena nueva sin ella. Este año un equipo de la televisión francesa pasó unos días en Santa Sabina rodando un programa. Al final el director me dijo: "Esto es muy raro. En esta comunidad se habla de cosas serias y los frailes están siempre riéndose". Somos alegres predicadores heridos.

Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también os envío yo"

Jesús envía a sus discípulos fuera de la seguridad de la habitación cerrada. Este envío es el comienzo de la predicación. Ser predicador es ser alguien enviado por Dios, pero no todos somos enviados de la misma manera. Para los frailes y religiosas significa con frecuencia ser enviados literalmente a otro lugar. Mis hermanos me enviaron a Roma. Yvon y Margaret podrían ser enviados al polo sur a predicar a los pingüinos. Mi esperanza es que con el desarrollo del movimiento del Voluntariado veamos a laicos enviados a otras partes del mundo a participar en nuestra predicación. Para muchos de nosotros ser enviados significa estar preparados para hacer nuestras maletas e irnos. Recuerdo un viejo fraile que me decía que ningún fraile debería poseer más que lo que pudiera llevar con sus dos manos.

Para muchos miembros de la familia dominicana ser enviados no significa viajar. Las monjas son miembros de un monasterio y es ahí donde normalmente pasarán toda su vida. Muchos laicos están casados o tienen empleos que no pueden abandonar e irse. Ser enviado significa más que una física movilidad. Significa ser desde Dios. Es nuestro ser. Jesús es

"alguien que fue enviado" (Heb. 3,1). Fue enviado desde el Padre, lo que no significa que realizó un viaje, dejó los cielos y vino a otro lugar llamado tierra. Sino que su verdadera existencia es desde el Padre. Un enviado, he ahí lo que es, ahora y siempre.

Ser predicador significa que cada uno de nosotros es alguien enviado desde Dios a aquellos con quienes nos encontramos. La esposa es enviada hacia el marido y el esposo hacia la esposa. Cada uno es Palabra de Dios al otro. A la monja no le es posible abandonar el monasterio, pero es tan enviada como un fraile. Es enviada a sus hermanas de comunidad, y todo el monasterio es una palabra de Dios enviada a nosotros. Nuestra misión a veces consiste en permanecer donde estamos y ser allí una palabra de vida.

En Norfolk prisión de Massachusetts, en Estados Unidos, está una de mis fraternidades laicales favoritas. Los miembros de esta fraternidad no pueden abandonar la prisión. Si lo pretendieran serían obligados por la fuerza a no moverse. Pero son predicadores dentro de la prisión. Son enviados a ser palabra de vida y esperanza a un lugar de desesperanza y sufrimiento. Son predicadores en un lugar donde la mayoría de nosotros no podríamos acceder.

Jesús no sólo envía a sus discípulos fuera de la estancia cerrada; sino que también les reúne en comunidad. Les envía a los confines de la tierra y les manda ser uno como él y el Padre son uno. Juzgo que es central a la vida dominicana esta paradoja. Cuando Domingo recibió la bula de la confirmación de la Orden volvió a su pequeña comunidad de Toulouse y dispersó a los frailes. Tan pronto quedó constituida la comunidad la disolvió. Los frailes no tenían ningún entusiasmo en irse, pero Domingo esta vez insistió.

Para Domingo la orden dispersa a los frailes y los congrega en la unidad. Somos enviados fuera como predicadores, pero permanecemos uno. Somos uno porque predicamos el Reino al que toda la humanidad es convocada. Como Pablo escribe, nosotros predicamos "un cuerpo y un espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y padre de todos..."(Efesios, 4, 4). No podemos predicar el Reino y estar divididos. Por eso siempre hemos luchado contra las escisiones que querían dividir la Orden. ¡En algún caso la unidad se mantuvo por muy poco!

Desde el principio el latir de nuestras vidas de frailes era el ser enviados fuera y congregarnos a la vuelta en unidad. Es el respirar de la Orden. El genio de Domingo consistió en dotar de fuertes pulmones para este respirar, ellos son la forma democrática de gobierno. El gobierno no es

sólo una forma de administración. Encarna una espiritualidad propia de la misión. Este estilo democrático son los fuertes pulmones que nos envían a la misión y nos congregan de nuevo en la unidad. En los primeros siglos de la Orden el capítulo general se celebraba todos los años. Cada año los frailes se reunían en Bolonia o en París y enviaban frailes a nuevas misiones. A lo largo del año había frailes por los caminos hacia Bolonia o París para encontrarse en el capítulo; luego se iban a exóticos lugares de misión, ¡como Inglaterra! En esto consistían los pulmones que daban vida.

Hemos visto que, como familia dominicana, tenemos distintos modos de ser enviados. ¿Cómo conseguir la unidad? ¿Qué forma adquirirá nuestra comunión? ¿Cuáles son nuestros pulmones, que nos espiran y juntos nos aspiran de nuevo? Estamos justo en el inicio de esta reflexión. Los monasterios de monjas se sienten profundamente parte de la Orden, por más que cada uno tenga su preciosa autonomía. Para muchas ramas de la familia la unidad nunca ha sido tan importante. Muchas congregaciones de religiosas son producto de un proceso de escisión, a través de divisiones, como las células. La unidad jurídica no ha sido importante para vosotras. Con "Hermanas Dominicas Internacionales" muchas religiosas están en el inicio de un proceso para ver cómo ciento sesenta congregaciones pueden colaborar juntas y hallar la unidad. Aún no existe una estructura mundial que abarque el laicado dominicano.

Creo que debemos empezar buscando la unidad en la misión. Nosotros nos sentimos enviados juntos a predicar un Reino en el que toda la humanidad está reconciliada. Descubriremos la unidad entre nosotros cuando salgamos a misiones conjuntas. Necesitamos nuevas estructuras para construir la misión común. Han empezado a emerger. El capítulo general de Bolonia animaba a la familia dominica que vivía en el mismo lugar a encontrar un plan de misión común. En la ciudad de México o en París, por ejemplo, la familia dominicana puede reunirse para decidir cuál es nuestra misión allí. En el ámbito internacional el consejo generalicio de los frailes se encuentra regularmente con el equipo coordinador de las Dominicas Internacionales para compartir asuntos que nos atañen. Cuando fundamos la Orden en un lugar nuevo deberíamos tratar desde el principio de planificar esa nueva presencia como una iniciativa de toda la familia dominicana.

En este encuentro nuestro objetivo no es crear nuevas estructuras jurídicas. No tenemos autoridad para hacerlo. En el futuro, juntos, podemos descubrir qué estructuras sirven mejor a la unidad. Hoy tenemos como tarea mucho más importante descubrir una idea común de nuestra misión. Este es el primer paso hacia la unidad. Volvamos a la manifestación de Cristo resucitado y veamos qué visión de la misión descubrimos en ella.

Jesús dice a los discípulos: “Os envío”

Él da a los discípulos autoridad para hablar. El predicador no es alguien que comunica simplemente información. Él o ella habla con autoridad. Si queremos proclamar nuestra identidad de predicadores, debemos reconocer que cada uno de nosotros tiene autoridad para predicar el evangelio.

En primer lugar, todos nosotros tenemos autoridad para predicar porque estamos bautizados. Esta es una enseñanza clara de la Iglesia en *Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Missio*, y *Christifideles Laici*. Hemos sido bautizados en la muerte y resurrección de Cristo, y por eso podemos proclamarlo. Además cada uno de nosotros tiene una autoridad única por quien es, por la vida que ha vivido, y los dones recibidos. Cada uno de nosotros tiene una palabra que proclamar que no se ha dado a ningún otro. Dios está en nuestras vidas, como casados o célibes, como padres o hijos. Desde estas experiencias humanas del amor, de sus triunfos o fracasos, tenemos una palabra que decir sobre Dios que es amor. También tenemos autoridad por nuestros dones y conocimientos. Somos políticos y cocineros, carpinteros y físicos; somos profesores y taxistas, abogados y economistas. Yo asistí en Goias (Brasil) a un encuentro de miembros de la familia dominicana que eran abogados. Ellos tenían su autoridad específica como abogados para enfrentarse con los problemas de justicia y paz en el continente.

Por último, la autoridad de nuestra predicación es la de la verdad, *Veritas*. Esta es la verdad para la que los seres humanos han sido creados y que reconocen instintivamente. Cuando fr. Luis Munio de Zamora OP compuso la primera regla para las fraternidades dominicanas en el siglo XIII, no los invitó a ser penitentes, según la tradición de entonces. Quiso que fueran hombres y mujeres de la verdad, “verdaderos hijos de Domingo en el Señor, rebosantes de un celo fuerte y ardiente por la verdad católica, manteniendo su propio estilo de vida”. Es una verdad que debemos buscar juntos, así sucede en lugares como el Instituto Aquinas de San Luis (Estados Unidos), donde laicos, religiosas y frailes dominicos estudian y enseñan juntos. La búsqueda puede ser dolorosa. Puede llevarnos a la incomprensión e incluso a la condena, como a nuestro hermano Marie-Joseph Lagrange. Pero da autoridad a nuestras palabras y responde al deseo más profundo de la humanidad.

Para ser realmente una familia de predicadores, debemos reconocer la autoridad de unos para con otros. Yo debo admitir la autoridad de una hermana porque habla desde la verdad de su experiencia como mujer, o también como profesora o teóloga. Debo dar autoridad al laico dominico

que sabe más que yo de muchas cosas: quizá del matrimonio, o de la pobreza, o de alguna ciencia o arte. Si reconocemos la autoridad de unos y de otros, seremos verdaderamente una familia de predicadores, con una voz fuerte. Juntos podemos hallar una autoridad que ninguno de nosotros tiene individualmente. Debemos encontrar juntos nuestra voz.

Para muchos dominicos, el descubrimiento de que todos tenemos la autoridad para predicar ha sido emocionante y liberador. Y la restricción de predicar después del evangelio en la Eucaristía es muy dolorosa para muchas hermanas y laicos. Se siente como una negación de vuestra plena identidad de predicadores. Como me pidió el Capítulo General, he nombrado una comisión para que examine este problema, pero por desgracia sus conclusiones no se harán públicas hasta marzo del próximo año. ¡Ojalá pudiera haberlas leído antes de preparar esta intervención!

Todo lo que os puedo decir es que no os desaniméis. Aceptad cualquier otra ocasión para predicar. Creemos juntos nuevas ocasiones. Estemos en acuerdo o en desacuerdo con esta norma, para nosotros no es el punto esencial del problema. Predicar en el púlpito ha sido siempre sólo una pequeña parte de nuestra predicación. De hecho se puede argüir que Domingo deseaba llevar la predicación del evangelio fuera de los límites de la iglesia a la calle. Quería llevar la predicación de Dios adonde está la gente, viviendo o estudiando, discutiendo o divirtiéndose. Para nosotros el reto es predicar en nuevos lugares, en Internet, a través del arte, de mil maneras. Sería paradójico que pensáramos que la predicación desde el púlpito era el único modo real de proclamar el evangelio. Sería una forma de fundamentalismo que iría en contra de la creatividad de Domingo, un paso atrás en la Iglesia.

Sé que esto puede parecer una evasiva, una disculpa para privar a los laicos y a las religiosas de la predicación activa en el sentido normal de la palabra. Podría parecer como si estuviéramos diciendo que los no ordenados tuvieran que contentarse con una forma menor de predicación. Pero no es eso. La Orden de Predicadores existe para anunciar y compartir la buena noticia, sobre todo para los que no vienen a nosotros. Los frailes lo practican con una increíble variedad de modos: escribiendo libros, apareciendo en televisión, visitando los enfermos. Por más que la exclusión del púlpito pueda ser dolorosa y no se acepte, yo no creo que sea éste el gran problema.

Todos nosotros somos “buenos administradores de la múltiple gracia de Dios” (1 Pt 4,10) de formas diversas. Los mártires dominicos de Vietnam, China y Japón, en el siglo XVII, fueron hombres y mujeres, laicos y religiosos, con una diversidad extraordinaria de maneras de ser

predicadores. Santo Domingo Uy fue un dominico laico vietnamita conocido como “El Maestro Predicador”, no hay duda que proclamó la palabra; Peter Ching fue un laico chino que participó en públicos debates en Fogan para defender la verdad del cristianismo, lo mismo que Domingo con los albigenses. En cambio, otros laicos dominicos mártires fueron catequistas, mesoneros, comerciantes, intelectuales.

Predicamos la Palabra que se ha hecho carne, y esta Palabra de Dios puede hacerse carne en todo lo que somos, no sólo en lo que decimos. San Francisco de Asís decía: “Predicad el evangelio en todo momento. Si es necesario, ¡usad las palabras!”. Tenemos que ser palabras vivas de verdad y esperanza. San Pablo escribió a los Corintios: “Vosotros sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón” (2 Cor 3, 3). En algunas situaciones la palabra más efectiva puede ser incluso el silencio. En Japón quedé impresionado por cómo nuestros monasterios son testigos poderosos del evangelio. Es posible que los budistas encuentren a Cristo con más profundidad en el silencio que en todas las palabras que nosotros podamos decir. Pienso en las colonias de leprosos aquí en Filipinas, regentadas por los hermanos de San Martín, que son una encarnación de la compasión de Domingo. La Palabra también se hace visible en la poesía y en la pintura, en la música y en la danza. Cualquier destreza nos proporciona un modo de propagar la palabra. Por ejemplo, Hilary Pepler, famoso laico dominico e impresor, escribió que “El trabajo del impresor, como todo trabajo, debería hacerse para gloria de Dios. El trabajo del impresor es multiplicar la palabra escrita, de ahí que el impresor sirva al creador de las palabras, y el creador de las palabras sirve, -o debiera servir- a la Palabra hecha Carne” .

Nosotros no predicamos esta palabra como individuos aislados, sino como comunidad. Christifideles Laici dice que la comunión con Jesús “aumenta la comunión de los cristianos entre sí... La comunión aumenta la misión y la misión se consume en la comunión” (nº 32). Como todos sabéis, en un principio, a la comunidad de los hermanos se la llamaba sacra praedicatio, la santa predicación. Cuando Antonio de Montesinos predicó su famosa homilía en defensa de los Indios en la Española en 1511, los conquistadores fueron a quejarse al prior, Pedro de Córdoba. Y el prior les dijo que cuando Antonio predicaba, era toda la comunidad la que predicaba. Deberíamos ser comadronas unos para otros, ayudando a nuestras hermanas y hermanos a decir la palabra que se les ha dado. Tenemos que ayudarnos mutuamente a encontrar la autoridad dada a cada uno. Juntos somos una palabra viva que no podemos ser por separado. Hace poco conocí en Estados Unidos a un fraile que había sufrido una operación de cáncer y perdido parte de la lengua. Tuvo que aprender a

hablar de nuevo. Descubrió qué complejo es decir una sola palabra. Necesitamos partes del cuerpo en las que nunca pensamos: nuestra mente, pulmones, garganta, cuerdas vocales, lengua, dientes y boca. Todo ello es necesario para decir simplemente: “La paz con vosotros”. Si hemos de proclamar esto al mundo, nos necesitamos mutuamente para poder formar juntos estas palabras de vida. Juntos somos la mente, los pulmones, la lengua, la boca, los dientes, las cuerdas vocales que pueden formar una palabra de paz.

A primeros de año asistí a un encuentro de la familia dominicana en Bolonia. Había un grupo de laicos que trabajaban con las hermanas y hermanos en misiones de predicación en las parroquias. Había otro grupo laico y frailes, cuyo amor es la filosofía, y que veían su misión como una confrontación con el vacío intelectual existente en el corazón de la vida de las gentes. Predican enseñando. Y había otro grupo de hermanas que dirigen una Universidad para personas retiradas y sin empleo. Y había otro grupo de laicos que decían que querían apoyar la misión de los otros con la oración. No existía competencia alguna entre estos dominicos. Ningún grupo pretendía ser “verdaderos dominicos” o que los demás fueran “ciudadanos de segunda clase”. Por ejemplo, las fraternidades juegan un papel central en la vida de la Orden que ningún grupo nuevo puede amenazar. Pero estas fraternidades pueden fortalecer la familia dominicana ayudando a encontrar grupos juveniles, nuevas asociaciones, que, a su vez, renuevan a las fraternidades. Para ser una auténtica familia de predicadores, no puede haber competencia entre nosotros. Si así fuera, no encarnaríamos el evangelio.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”

Jesús sopla sobre los discípulos. Es un eco deliberado de la creación de la humanidad, cuando Dios exhaló su aliento sobre Adán y lo hizo ser viviente. Jesús infunde su espíritu sobre los discípulos para que se llenen de vida. Es la culminación de la creación. Pedro dice a Jesús: “Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6, 28). El fin de la predicación no es comunicar información, sino vida. El Señor dice a Ezequiel: “Pronuncia un oráculo sobre estos huesos y diles: ¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! Así dice el Señor a estos huesos: Yo mismo traeré sobre vosotros espíritu y viviréis” (37, 4). ¡Nosotros predicadores deberíamos decir palabras que hagan resucitar a los huesos secos!

Debemos ser honrados y admitir que la mayoría de nuestras predicaciones resultan aburridas, y más propensas a hacernos dormir que a despestartos. Al menos nos llevan a la oración: pasados diez minutos,

miramos discretamente al reloj y rezamos para que acabe pronto el predicador. Los dominicos colombianos dicen: “Cinco minutos para el público, cinco para las paredes, y lo restante para el diablo”. Hasta Pablo, el más grande predicador de todos, consiguió que Eutiquio se durmiera, cayera de la ventana y a punto estuviera de morir! Pero Dios a veces nos da la gracia de decir palabras que dan vida a los demás.

Conocí a una mujer en Filipinas llamada Clarentia. Había cogido la lepra a los catorce años, y pasó toda su vida en una leprosería, viviendo con nuestros Hermanos de San Martín. Apenas se atrevía a salir de ese lugar donde era aceptada y acogida con cariño. Ahora que está en los sesenta, ha descubierto su vocación de predicadora. Ha encontrado el coraje de dejar cerrada la “habitación de arriba” e ir a visitar las leproserías para animar a la gente de allí a encontrar también la libertad; dirige asociaciones y agencias de gobierno. Ella ha hallado su voz y autoridad luchando contra esta horrible enfermedad. Esto es lo que significa predicar una palabra de vida.

Para nosotros predicadores todas las palabras tienen importancia. Todas nuestras palabras pueden ofrecer a otros vida o muerte. Nuestras palabras pueden sostener y renovar a otras personas, o arruinarlas y destruirlas. Durante todo el día estamos ofreciendo palabras unos a otros; bromeamos, intercambiamos información, murmuramos, repetimos las noticias, y hablamos de la gente que no está presente. Nuestras vidas se llenan de palabras, que hacen bien o mal. Desde esta misma ciudad de Manila se lanzó este año un virus cibernético. Se disfrazaba bajo un mensaje llamado “I LOVE YOU”. A todos nos gusta recibir mensajes como éste. Sin embargo, al abrir ese mensaje se destruían todos los archivos del ordenador. A veces nuestras palabras pueden tener un efecto semejante. Podemos dar la impresión de que somos sinceros, justos y honrados, “te lo digo sólo por tu bien, amigo”, ¡al tiempo que sembramos veneno!

Un lema de la Orden es “Laudare, benedicere, praedicare”, “alabar, bendecir, predicar”. Ser un predicador es más que aprender a hablar sobre Dios. Es descubrir el arte de alabar y bendecir todo lo bueno. No hay predicación sin celebración. No podemos predicar a no ser que veamos la bondad de lo que Dios ha creado, la alabemos y la bendigamos. A veces el predicador debe, como Las Casas, confrontar y denunciar la injusticia, pero solamente para que la vida pueda salir victoriosa sobre la muerte, y la resurrección sobre la tumba, y la alabanza sobre la queja.

Por tanto floreceremos como familia de predicadores sólo si nos fortalecemos unos a otros y nos damos mutuamente vida. Tenemos que

insuflar unos en otros el aliento de Dios, como Jesús hizo con sus discípulos. Santa Catalina de Sena fue predicador no sólo por lo que dijo o escribió, sino por la fuerza que dio a los otros. Cuando el Papa se desanimaba ella le hizo recobrar el ánimo. Cuando su querido Raimundo de Capua, Maestro de la Orden tuvo miedo, ella le impulsó a seguir adelante. Algo que de vez en cuando necesitamos los maestros de la Orden. Cuando un criminal fue condenado a muerte, ella le ayudó a afrontar la ejecución. Le decía: "ánimo, querido hermano, pronto estaremos en la fiesta de las bodas... Nunca olvides esto. Estaré esperándote en el lugar de la ejecución"

.

La familia dominicana en Brasil ha establecido lo que se ha llamado "The Dominican mutirão". Mutirão significa "trabajar juntos". Todos los años un pequeño grupo de frailes, religiosas y laicos va a estar con el pueblo que lucha en favor de la vida o la justicia, sobre todo con aquellos más pobres y olvidados. Van a estar con ellos precisamente para mostrarles su apoyo, para escuchar cómo es su vida, para hacerles ver que hay quien se acuerda de ellos. Necesitamos de esto si hemos de ser fuertes.

Creceremos en familia dominicana en la medida que aprendamos a fortalecernos unos a otros, a darnos vida, en la medida que reconozcamos la autoridad de los otros y alabemos a Dios por lo que vemos. La mayoría de nosotros aprendimos a ser persona humana en la familia. Nuestros padres y hermanos, tías y tíos, primos nos enseñaron cómo hablar y escuchar, cómo jugar y reír, cómo andar y cómo levantarnos cuando caíamos. No podéis ser humanos solos. Quizás por eso Domingo siempre pensó en la amplitud de una familia, con frailes, monjas y laicos. Domingo era eminentemente humano y predicaba a un Dios que abrazaba nuestra humanidad. Necesitamos nuestra familia dominicana para hacernos predicadores humanos y llenarnos de vida. Necesitamos la sabiduría de las mujeres, la experiencia de casados y padres y la profundidad del contemplativo si queremos formarnos como predicadores. De este modo toda formación dominicana sería formación mutua. En muchas partes del mundo novicios de frailes y novicias de religiosas pasan parte de su formación juntos. Podemos enseñarnos unos a otros a decir palabras de vida.

Y las últimas palabras de Jesús que comentaré muestran lo que está en el corazón de esta palabra de vida.

"A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos"

Por dos veces Jesús dice "la paz con vosotros ", y tras ello les da poder para perdonar o retener los pecados. Esto es el corazón de nuestra predicación. Incluye el perdón de nuestros pecados individuales. Santo Domingo lloraba por los pecadores. También incluye la curación de las divisiones entre los pueblos, la reconciliación entre ellos y el nacer de un mundo justo.

De nuevo esta vocación se vive de diversa manera. Hubo una laica dominica francesa, llamada Maïti Gistanner, fue una brillante pianista. En el año 1940, durante la ocupación nazi fundó un grupo de resistencia. Acabó siendo capturada por la Gestapo y torturada por un joven médico. Éste le destruyó el sistema nervioso. El resto de su vida fue un continuo sufrimiento. Destruyó su carrera de pianista. Cuarenta años más tarde este médico entendió que antes de morir debía pedirle perdón. Localizó a Maïti y le rogó la reconciliación. Fue perdonado y volvió a su casa con fuerzas para enfrentarse a sí mismo, a su familia y a su muerte. Maïti le había dicho: "vous voyez: le mal n'est pas le plus fort" "Ya ve usted: el mal no es lo más fuerte". Eso es lo que encarna la predicación de Jesús.

Pienso en la "Acción Dominicana por la Paz" en Gran Bretaña, grupo de monjas, religiosas, laicos y frailes que constituyen un comité para trabajar juntos en favor de la paz y en concreto para la abolición de las armas nucleares, a través de escritos, predicación, infringiendo incluso la ley. A nuestra comunidad de Santa María la Mayor se le ha confiado escuchar las confesiones en esa basílica. Durante horas, todos los días especialmente en este año jubilar, en innumerables lenguas, ofrecen el perdón de Dios. Todos estos son modos de predicar las palabras "la paz con vosotros".

Ahora bien, no podemos predicar la paz si no la vivimos entre nosotros. Cuando los hermanos y las hermanas hacen su profesión piden la misericordia de Dios y de la Orden. Nada tendremos que decir sobre la paz y el perdón si no nos lo ofrecemos unos a otros, como familia dominicana.

Cuando estalló la guerra entre Argentina y Gran Bretaña por el conflicto de las islas Malvinas en 1982, los frailes de la comunidad de Oxford salieron a las calles con sus hábitos, con velas en las manos. Fuimos en procesión hasta al monumento a los caídos en la guerra para rezar por la paz. El año pasado estuve en Argentina y coincidí con el "día de las Malvinas", el día en que la nación renueva su compromiso con las islas. Estaba en Tucumán, en el norte del país. Las calles estaban adornadas con banderas y estandartes argentinos. Debo confesar que me pregunté si había acertado en el día de estar allí. A la tarde fui a un encuentro de un millar de miembros de la familia dominicana, ¡allí estaba también una

pequeña bandera inglesa! Celebramos juntos una eucaristía por todos los muertos. La paz que predicamos es la paz que nosotros debemos vivir.

En el norte de Burundi hay un monasterio de monjas dominicas. Todo el país ha sido destruido por una violenta guerra civil entre hutus y tutsis. Por todos los sitios se encuentran pueblos vacíos y campos quemados. Pero cuando te acercas a la colina sobre la que está el monasterio puedes observar que todo está verde. La gente viene aquí a atender sus campos. Es un oasis de paz en un desierto de guerra. Y lo es porque las monjas viven juntas y en paz, a pesar de que unas son hutus y otras tutsis. Todas han perdido familia res en la guerra. La paz y el perdón se han hecho carne en la comunidad.

La paz que compartimos es mucho más que la ausencia de conflictos. Es más que perdonarnos cuando actuamos mal. Es la amistad, corazón de la espiritualidad dominicana. Antes de morir, Jesús dijo a sus discípulos: "Os llamo amigos". Tres días más tarde, después de la traición, la negación, el sufrimiento y la muerte, aparece entre ellos y les ofrece de nuevo su amistad: "paz a vosotros". Es esta amistad la que puede superar la traición, la cobardía y el pecado. Amistad que es la propia vida de Dios, el amor que existe en el corazón de la Trinidad.

La amistad está en el fundamento de la igualdad entre nosotros. Lo que quiere decir que todos somos miembros por igual de la familia dominicana. No podemos entrar en competición entre frailes y religiosas, entre éstas y monjas, entre las fraternidades y las nuevas formas de grupos laicos. Esto supone que hemos de ser fieles unos a otros. Debemos apoyarnos mutuamente, nunca denunciarnos en público.

La familia dominicana es nuestra casa común. Estamos chez nous, en casa. Sé que a veces las religiosas y los laicos tienen la sensación de que en nuestra casa dominicana los frailes ocupan la habitación de arriba y han intentado dejar fuera a los demás. Uno de los mayores desafíos es construir una conciencia compartida de la Orden como lugar que a todos nos pertenece. Estar en casa significa que no hay por qué justificar que se está en ella, y sí sentirse a gusto. Uno es aceptado como es. Ciertamente cada comunidad necesita su propio tiempo y su propio espacio. No podemos todos irrumpir en los monasterios y pedir participar en la vida de las monjas. Las comunidades de frailes y de religiosas, y las familias de los laicos necesitan su intimidad. Es obvio. Santo Tomás dice que la amistad no consiste en vivir bajo el mismo techo o comer en la misma mesa "como el ganado", sino en la comunicación y en el placer de la conversación . Lo que implica reconocernos unos a otros como hermanos y hermanas. Se ha de mostrar en nuestros gestos, palabras, en la acogida que nos dispensamos.

Muchas pequeñas tensiones dentro de la familia dominicana, como quién y qué siglas se pueden añadir tras su nombre, quién y cuándo puede usar el hábito, son síntomas de un anhelo más importante y profundo de amistad, de sentirse en casa, de pertenencia, de tener asegurado un lugar. Antes se hablaba de pertenecer a la primera, segunda y tercera Orden. Esta terminología la abolió el capítulo general de Rivest Forest en 1968 para establecer un plano de igualdad. No hay primera, segunda, tercera clase. Pero con ello hemos perdido el modo de establecer nuestra unidad en la Orden común. Todos hemos de encontrar vías para llegar a construir esa casa común.

Ha de ser una casa abierta, que dé la bienvenida a amigos de nuestros amigos, que acoge nuevos grupos cuya identidad dominicana no está quizás clara, pero que desean ser parte de la familia. La amistad que Jesús ofrece es amplia y abierta. A todos acoge. Se muestra impaciente con ellos cuando los discípulos deciden impedir a algunos que prediquen porque no son de su grupo. No cierra las puertas, sino que las atraviesa. Encarnemos esta gran y cordial amistad. Seamos signo de esta acogida de modo que nos sintamos a gusto en la familia dominicana, sabiendo que pertenecemos a ella. Que Domingo nos libre del miedo que cierra las puertas.
